

6-1-2015

Algunas reflexiones sobre la concepción del sujeto y la epistemología en el Análisis del Discurso de Michel Pêcheux

Ricardo Terriles

Silvia Hernández

Follow this and additional works at: <https://scholar.oxy.edu/decalages>

Recommended Citation

Terriles, Ricardo and Hernández, Silvia (2014) "Algunas reflexiones sobre la concepción del sujeto y la epistemología en el Análisis del Discurso de Michel Pêcheux," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 4.
Available at: <https://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss4/24>

This Pecheux Dossier is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in Décalages by an authorized editor of OxyScholar. For more information, please contact ccla@oxy.edu.

Algunas reflexiones sobre la concepción del sujeto y la epistemología en el Análisis del Discurso de Michel Pêcheux

Ricardo Terriles y Silvia Hernández

1. Introducción

El proyecto de Análisis Automático del Discurso (en adelante, AAD o AD), conducido desde fines de los '60 hasta inicios de la década del '80 por Michel Pêcheux, es y ha sido frecuentemente periodizado por comentaristas y hasta por sus propios protagonistas. Más allá de algunas eventuales diferencias –que no suelen ser más que de énfasis– todos ellos coinciden en segmentar esta empresa en tres etapas.¹ Esta periodización relativamente consensuada se organiza en función de las variaciones en las concepciones de lo discursivo y en el correlativo desplazamiento y reajuste de los modos teórico-metodológicos para su abordaje.

Para la elaboración de este ensayo partimos de tres trabajos que retoman dicha periodización: una síntesis de Maldidier (1992) de su propio texto *La inquietud del discurso*, que complementamos con el artículo de Fonseca-Silva (2005) y con un texto del propio Pêcheux ([1983] 1990). Si bien el artículo de Maldidier ha sido el punto de partida de nuestra indagación, ya el propio Pêcheux en 1983 había llegado a dividir la evolución del análisis de discurso en las tres etapas. Maldidier se apoya sobre la propuesta de Pêcheux, pero su trabajo –que tiene algo de homenaje– agrega elementos de contextualización. Fonseca-Silva, por último, retoma tanto el abordaje de Maldidier como en el propio Pêcheux, de quien también lee otros textos de la última etapa que aportan elementos de interés. Además de la de 1983, otra (breve) revisión de Pêcheux-por-Pêcheux se encuentra en la “Advertencia” (Pêcheux, [1975] 1978), así como en las notas al pie que el autor elabora para comentar los textos reunidos en el volumen *Hacia el análisis automático del discurso*, que compila la versión del texto inaugural del AD de 1969 y su “reformulación”, (redactada junto con C. Fuchs en 1975, e inicialmente publicada en el

¹ Las denominaremos AD1 (1966-1969), AD2 (1970-1975) y AD3 (1976-1983), siguiendo el criterio de Pêcheux ([1983] 1990) y la cronología de Maldidier (1992).

número 37 de *Langages*, número de la revista que en 1983 Pêcheux señalará como el primero perteneciente a la etapa AD2).

La clásica presentación en etapas, aun siendo favorecida por el propio Pêcheux, entraña a nuestro criterio el riesgo de presentar la empresa del AD como una historia continua y evolutiva. Si así fuera, la crisis histórica de sus “fuentes” –crisis del marxismo, del estructuralismo en lingüística (sobre las que volveremos más adelante),² y del psicoanálisis, que Pêcheux no alcanzó a ver en toda su magnitud–³ no sólo habría contribuido al ocaso del AD en sus contextos principales de circulación, sino que habría acabado con el interés por un abordaje del problema del sentido anclado en la historia y en la lengua.

Como entendemos que éste no es el caso, es preciso señalar a tiempo que nuestra *vuelta* a ciertos planteos del AD se justifica en el campo de investigaciones en que nos inscribimos los autores de estas páginas: el de los estudios en comunicación. Más específicamente, nos interesa el abordaje de la problemática del discurso en conexión con una reflexión acerca de las relaciones entre significaciones sociales, procesos políticos y constitución de subjetividades. Para tratar estos núcleos problemáticos, abrevamos en diferentes contextos teóricos y epistemológicos (materialismo histórico, teoría política contemporánea, psicoanálisis, análisis de discurso en sentido amplio), procurando dar cuerpo así a un abordaje transdisciplinario.⁴

Como dijimos antes, nos proponemos un nuevo *rescate* de los aportes de Pêcheux a partir de una lectura de rupturas, continuidades y desplazamientos en su obra, organizada a partir de dos ejes de análisis puntuales que, en las periodizaciones que hemos podido relevar, quedan subordinados a la cuestión del discurso.

En primer lugar, encontramos que, más allá de ciertas variaciones, lo ideológico y lo discursivo se articulan de forma sostenida en la obra de Pêcheux alrededor de una problematización

² Milner (2003) da por terminado el “programa estructuralista” para 1968. Quizás la delimitación no sea tan estricta, pero está claro que la influencia de Chomsky trastornó la escena francesa. En Gadet y Pêcheux ([1981] 1984) se encontrará una extensa apreciación crítica de la obra de Chomsky.

³ Es posible asumir que, al menos desde el “último” Lacan, las pretensiones de cientificidad del psicoanálisis se van morigerando.

⁴ Dan cuenta de este abordaje los proyectos en los que nos inscribimos: “Discurso, política, sujeto. Encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación” (2010-2012), y “Figuras de la subjetividad política en la Argentina contemporánea (2001-2015). Un aporte desde el análisis de la producción social de las significaciones” (2013-2016), ambos dirigidos por Sergio Caletti, radicados en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

del sujeto, nutrida de forma general por el psicoanálisis y el materialismo histórico. Se trata de una problematización que, de diversos modos, apunta a una ruptura con la concepción moderna del sujeto.

En segunda instancia, nos detendremos sobre algunos de sus planteos epistemológicos –netamente inscriptos en la senda abierta por Althusser– que constituyen el punto de partida de la construcción teórica de Pêcheux en torno a la ideología y el discurso, pero que también se hacen presentes en los momentos de inflexión y “rectificación” de esa construcción teórica.

Este doble recorrido pondrá de relieve algunos aportes de Pêcheux que permiten tanto sostener la vigencia y la relevancia actuales de un acercamiento discursivo a los procesos ideológicos y políticos, como mantener abierta la cuestión del sujeto en sus diferentes aristas –sujeto del discurso, sujeto de la política, procesos de subjetivación/identificación, constitución de subjetividades– en tanto que problema que interroga en su centro mismo al discurso.

2. El problema del sujeto

Uno de los aspectos fundamentales de la teoría del discurso en Pêcheux radica en las definiciones y demarcaciones en torno de la concepción de sujeto. Mientras otras teorías del discurso dejaron esta cuestión en lo impensado, podría decirse que la reflexión *conjunta* de los problemas del discurso y del sujeto, concebido éste de un modo peculiar, es constitutiva de los aportes del AD conducido por Pêcheux.

En esta sección del artículo procuraremos mostrar que, si por un lado se advierte una serie de transformaciones en el modo en que se aborda la relación sujeto-discurso, por el otro existe un eje de continuidad, ligado a la permanente producción de frentes de ruptura con la concepción moderna de sujeto. Estas trincheras polémicas se sostienen en las filiaciones teóricas del AD, específicamente en el materialismo histórico de impronta althusseriana y en el psicoanálisis lacaniano (cuya gravitación, como veremos, se amplía progresivamente).

Nuestra argumentación buscará dar cuenta de dos desplazamientos en la evolución del AD entre la década del '60 y la del '80: el primero va de situar el problema del sujeto en relación con la ideología y el discurso (político) hacia un pensamiento del sujeto y

la política. El segundo se trata de un corrimiento en los énfasis: si al inicio el sujeto es concebido fundamentalmente en su trabazón con lo imaginario, emerge luego una interrogación acerca de los modos por los cuales el sujeto está siempre-ya inscripto en un orden simbólico y, por último -y en paralelo con una reflexión acerca del registro de lo real- el sujeto comienza a ser pensado en el punto donde toda estructura se devela imposible, fallada. Ahora bien, como dijimos, estos desplazamientos teóricos (cuyas implicancias metodológicas no abordaremos aquí) revelan en su propia evolución el carácter crucial para una teoría del discurso de la cuestión del sujeto.

2.1. AD1 y el predominio de lo imaginario

En los inicios del AD, los esfuerzos por deslindar el objeto “discurso” supusieron gestos de ruptura en distintos frentes. Es esencial notar que en todos ellos la cuestión del sujeto aparece como uno de los ejes principales de disputa, aspecto que se prolongará, con distintos matices, a lo largo de todo el recorrido del AD.

2.1.1. Las huellas de una ruptura

En AD69 encontramos las huellas de una ruptura con un cuerpo de nociones señaladas como “ideológicas” ya que arrastran consigo una concepción de sujeto como fuente de sentido o de la acción, como por ejemplo la de “creación infinita” (Pêcheux, [1969] 1978: 77). Esta denuncia tiene lugar en medio de un debate que procuraba disputar el problema del sentido hasta entonces bajo el dominio de la lingüística para resituarlo en el cruce entre lengua e historia. Uno de los blancos principales será la teoría de Jakobson de los “grados crecientes de libertad” que tiene el hablante a medida que se “asciende” del nivel fonológico al de la frase (*ibíd.*: 34).

También se encuentra en el texto de 1969 una lectura crítica a las gramáticas generativas. Si bien Pêcheux rescata lo que ellas aportan en relación con la posibilidad de pensar una “forma de creatividad no-subjetiva en el interior mismo de la lengua” (*ibíd.*: 35), señala como un límite su concepción de hablante neutralizado, la cual resulta impensable para una teoría del discurso: “no hay sujeto psicológico universal que sea soporte del proceso de producción de todos los discursos posibles, en el sentido en que el sujeto representado por una gramática generativa es apto para engendrar

todas las frases gramaticalmente correctas de una lengua” (*ibíd.*: 62-63).

En un sentido muy similar, Gayot y Pêcheux (1971) retoman la crítica a la relación entre lingüística y semántica. Vemos allí que se delimita conceptualmente al discurso a partir de un triple rechazo: del “habla” (que supone la “libertad” del hablante contrapuesta a la “norma” del sistema de la lengua), del “lenguaje” (que asocia la lengua a “situaciones concretas” o a “contextos” que darían lugar a una diversidad de sub-lenguas -punto en el cual se vislumbra una crítica a la sociolingüística), y, por último, de la lengua como “instrumento de comunicación” (noción que presupone una idea de código transparente y disponible, así como su uso instrumental y deliberado por parte de los hablantes de acuerdo a su conocimiento más o menos acabado del mismo). Esta crítica se remata con un razonamiento deudor del concepto de ideología que Althusser elaborara a fines de la década del '60 (Althusser, [1965]1985):

Diremos que estas tres nociones [habla, lenguaje, instrumento de comunicación] *designan*, de formas diversas, *un objeto que ellas son por sí mismas incapaces de alcanzar*: las razones de este fracaso parecen ligadas por una parte a la ausencia de una solución teórica al problema de la relación entre lingüística y semántica, por la otra parte, a la persistencia de una perspectiva 'de intercambio' [*échangiste*], que, en este dominio, tanto como en el de los procesos económicos, se revela incapaz de proveer la clave que conduce a un conocimiento adecuado de dichos procesos. (Gayot y Pêcheux, 1971: 686, destacado original)

Esta triple crítica del carácter ideológico de dichas nociones - que *señalan* un problema pero no dan los medios para conocerlo- no sólo se orienta a la denuncia sino también a la detección de *índices* que marcan la dirección que la teoría debe tomar para abandonar la ideología y fundarse sobre un *nuevo elemento*. Advertimos cómo este señalamiento epistemológico se encuentra íntimamente ligado al rechazo de nociones que implican concepciones de sujeto que será necesario abandonar si se pretende alcanzar el estatuto científico.

2.1.2. Primeros tratamientos de lo subjetivo en el discurso: las formaciones imaginarias

Una vez demarcada la frontera, el concepto central con el cual en esta etapa se abordará de manera positiva el tratamiento de la

subjetividad en el discurso será el de “formaciones imaginarias”. En Pêcheux ([1969]1978) lo imaginario no es referido de modo directo a Lacan, sino a través de la conceptualización althusseriana de la ideología: imaginario es el modo *vivido* como los sujetos se representan sus condiciones reales de existencia. La distinción teórico-metodológica entre *situaciones* (un haz de rasgos objetivos definibles sociológicamente) y *posiciones* (como “representaciones de esas situaciones”) muestra que la relación entre ambas no es biunívoca, sino que las segundas hacen presentes a las primeras dentro de un proceso discursivo, pero de forma *transformada*. Será la investigación sociológica la que pueda demostrar las leyes de esas formas de representación (*ibíd.*: 49).

En las notas al pie que en 1975 Pêcheux realiza para la reedición del texto de 1969, sintetiza algunos de los rasgos de la “evolución” de AD1 a AD2. Señalará de forma autocrítica la “tentación sociologista (Parsons, etc.) e incluso psicosociologista” implícita en el concepto de “formaciones imaginarias” (Pêcheux: 49, nota 25). Si bien a estos primeros desarrollos les reconoce retrospectivamente el mérito de haberse opuesto al formalismo espontáneo de toda semántica que se pretendiera universal, les achacará el problema de haber dejado

[...] ampliamente abierta la posibilidad de una *sociolingüística de los discursos* atribuyendo a cada clase social (o fracción de clase) 'su discurso', inscrito en sus propios 'papeles', 'representaciones', 'imágenes', etc.”, lo cual sería, retomando a Althusser (“Respuesta a John Lewis”), una “posición reformista en la teoría” por la cual las clases son primero, y la lucha viene después (*ibíd.*: 11).

Respecto de esta primera etapa, que posteriormente Pêcheux calificará como un abordaje “superado”, el propio autor sostendrá en 1983 que la existencia del *otro* había estado, pues, subordinada al primado del *mismo* ([1983] 1990). En tanto otredad discursiva “empírica” (comillas de Pêcheux), el AD1 lo reducía o bien a lo mismo o bien a residuo. La otredad “estructural” era por su parte considerada como “una diferencia inconmensurable entre ‘máquinas’ (cada una idéntica a sí misma y cerrada sobre sí)” (*ibíd.*). Veremos en lo que sigue que el problema del sujeto será reformulado y relocalizado a la luz del progresivo abandono del modelo de las “máquinas” o de las unidades cerradas como modo de concebir el universo discursivo. En AD2 el camino de corrección de esta “desviación” será iniciado a través de una crítica profunda de la

concepción de las “condiciones de producción del discurso” y de la elaboración teórica del concepto de “formación discursiva”.⁵

El primado de la dimensión imaginaria cederá correlativamente espacio a un estudio de las posiciones de sujeto inscriptas simbólicamente en el discurso, lo cual será pensable a partir del concepto althusseriano de interpelación ideológica y, más específicamente, de la distinción entre los dos “olvidos”.

2.2. AD2: la Interpelación ideológica y el discurso como asunto de significantes

Buena parte del desplazamiento que propone el AD2 respecto del AD1 se sustenta en una autocrítica. La primera etapa habría confundido las relaciones de lugar al interior de los Aparatos Ideológicos de Estado [AIE] con las representaciones imaginarias de los papeles al interior de instituciones: dicho de otro modo, el AD1 habría cometido el error de centrarse en la dimensión imaginaria, pasando por alto la instancia de sostén simbólico que la habilita.

En esta nueva configuración, donde el componente imaginario pierde centralidad a la par que se descarta la problemática de la enunciación tal como venía siendo planteada, la pregunta por el sujeto habrá de encontrar su nuevo lugar. Más aún, los desarrollos se verán confrontados ahora a lidiar de forma decisiva con este problema: contra todo subjetivismo (Maldidier, 1992), la apuesta estará centrada en echar por tierra toda concepción empirista o idealista de lo subjetivo, dando cuenta al mismo tiempo del lugar del sujeto en el discurso. Esta tarea a primera vista paradójal encontrará en la teoría althusseriana de la ideología y en el psicoanálisis lacaniano (aunque también en algunos planteos de Michel Foucault) un espacio de desarrollo.⁶

⁵ Si bien “formación discursiva” es un concepto que adquiere su pleno desarrollo en AD2, en AD1, encontramos que aparece en Gayot y Pêcheux, aunque una sola vez: “Pensamos sin embargo que un enorme trabajo, a la vez teórico y metodológico, queda por realizarse para llevar a cabo la realización de un *método general de análisis histórico de formaciones discursivas*” (Gayot y Pêcheux, 1971: 688, cursivas nuestras).

⁶ Recordemos que Althusser afirma que la ideología en general tiene al sujeto como categoría central (Althusser: [1970] 1988).

2.2.1. Los frentes de polémica

Si examinamos en primera instancia los frentes polémicos, encontraremos un marcado énfasis en la crítica a la sociolingüística y a la teoría de la enunciación, cuyo máximo representante es Benveniste. Ahora bien, las acusaciones que pesan sobre éstas son asimismo aplicadas a la primera etapa de AD1, a la cual se denuncia como dependiente de las ideas de “contexto” y de “actor social”. Como dijimos, encontramos una crítica expresa al concepto de formación imaginaria sobre la base de que éste “deja ampliamente abierta la posibilidad de una interpretación 'interpersonal' del sistema de condiciones de producción” (Fuchs y Pêcheux [1975] 1978: 241, nota 18).

Muchos de los posicionamientos críticos pueden leerse en correlación con el borramiento de la sociología como uno de los “contextos epistemológicos” del AD en esta nueva etapa. Así, el rechazo a la homologación del discurso con los subcódigos lingüísticos de los distintos grupos sociales,⁷ plantea para un AD inscripto en el materialismo histórico el desafío de inscribir la problemática del discurso en relación con la ideología y la base económica.

Un punto esencial de revisión teórica en esta vía será el examen detenido del concepto de “condiciones de producción del discurso” [CP]. Separándose del AD1, donde este concepto se acercaba a “situación de enunciación”, en AD2 la urgencia de su definición teórica puede leerse en correlación con un nuevo modo de problematización del sujeto a partir del psicoanálisis y la teoría althusseriana de la ideología.

J-J. Courtine (1981) identifica que el problema radica en que el concepto disponible de CP (al cual le atribuye una triple filiación: el análisis de contenido, la sociolingüística y los planteos de Z. Harris) implicaba una caracterización psicosocial de la situación de comunicación, lo cual tenía por resultado un tipo de análisis enunciativo donde la dimensión de lo imaginario terminaba predominando sobre las determinaciones que caracterizan a un

⁷ Ello se advierte cuando Pêcheux sostiene en *Les vérités de la Palice* que las clases no tienen la ideología que *deberían* tener, lo cual significa dos cosas: a) una fidelidad al postulado marxista de que la ideología dominante de una época es la ideología de la clase dominante; b) que las ideologías no son un *atributo* de ciertos grupos ni una *emanación* de ciertas posiciones sociales (sociológicamente descriptibles), sino que se definen relacionalmente, es decir, en lucha (de clases) (Pêcheux, 1975).

proceso discursivo dado. En dicho esquema, “los planos histórico, psicosociológico y lingüístico a los cuales remiten las CP se yuxtaponen sin que ninguna jerarquía ni orden de determinación se indiquen explícitamente”. En ausencia de elaboración teórica, el plano psicosociológico termina imponiéndose. Así, la “psicologización espontánea de las determinaciones propiamente históricas del discurso” tiene por efectos: a) convertir las determinaciones en “circunstancias”; b) hacer del sujeto del discurso el sujeto-fuente de relaciones de la que no es más que el portador (Courtine, 1981: 197).

En esta empresa de reformulación, las CP serán reubicadas ahora en relación con las formaciones discursivas [FD]. Pêcheux afirmará que toda FD depende de “condiciones de producción”, a condición de que se entienda que aquí “producción” refiere a “producción de un efecto” (de sentido, no subjetivo)⁸ y que “condiciones” no remite a una situación o un contexto que rodea la producción de una secuencia discursiva, sino al vínculo de dependencia que mantiene la FD que domina una secuencia discursiva determinada con su exterior específico: el “interdiscurso” (entendido como un “todo complejo intrincado de FD y FI”).⁹

El segundo frente polémico se sitúa en relación con las teorías de la enunciación. Este nuevo intento de ruptura pone en escena la radicalidad del problema del discurso planteado por el AD respecto de la concepción moderna de sujeto subyacente a la lingüística y sus teorías derivadas. Decían por entonces Malidier, Normand y Robin: La necesidad de una reformulación del problema de la enunciación implica, según nosotros, la ruptura deliberada con la dicotomía lengua/habla y un cambio de terreno: el abandono de una problemática centrada en el sujeto hablante por una problemática de los sistemas de representación (Malidier, Normand y Robin, 1972: 122).

Pêcheux y Fuchs ([1975] 1978) llaman a replantear la *enunciación*, en tanto modo de presencia del sujeto enunciador en el enunciado, dado que en dicha teoría “el idealismo 'ocupa' hoy la

⁸ “El uso de este término [producción] reviste para nosotros una función polémica con respecto al empleo reiterado del término 'circulación' e incluso 'creación' para caracterizar los procesos de significación” (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 234, nota 11). Vemos en este punto un nuevo rechazo de nociones que remiten o bien a una caracterización empírica y aconflictiva de lo social, o bien a un sujeto.

⁹ Respecto de esta conceptualización, Pêcheux y Fuchs ([1975] 1978) dirán no obstante que aún restaba por establecerse el desarrollo metodológico correspondiente.

cuestión”, reproduciendo la ilusión por la cual el sujeto es fuente de sentido.

La dificultad actual de las teorías de la enunciación radica en que estas teorías muy a menudo reflejan la ilusión necesaria constituyente del sujeto, es decir, se contentan con *reproducir a nivel teórico esta ilusión del sujeto*, a través de una idea de sujeto enunciador portador de elecciones, intenciones, decisiones, etc. en la tradición de Bally, Jakobson, Benveniste (¡el 'habla' no está lejos!). (*ibíd.*: 246)

El registro de lo imaginario no será eliminado, pero sí reubicado en la medida en que se acentúa el interés por el proceso de subjetivización, punto en el cual el problema del sujeto se vincula al del discurso y la ideología. El concepto de FD, retomado de Foucault ([1969] 1992), y el de interpelación ideológica, proveniente de Althusser ([1970] 1988), darán las coordenadas centrales para resituar el problema.

2.2.2. La reformulación del problema del sujeto y los nuevos aportes conceptuales

Por razones de espacio y pertinencia no nos adentraremos en este artículo en definiciones exhaustivas de conceptos centrales para el AD, como FD, FI o interdiscurso. Sin embargo, sí nos detendremos en algunos puntos esenciales que hacen al modo en que el problema del sujeto se reconfigura en relación con dichos conceptos. La reformulación adopta los siguientes términos:

Como acabamos de ver, los procesos discursivos tal como se han concebido aquí no podrían tener su origen en el sujeto. Sin embargo, se realizan necesariamente en ese mismo sujeto; esta aparente contradicción hace referencia en realidad a la cuestión misma de la constitución del sujeto y a lo que nosotros hemos llamado su subjetivización. (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 240)

Por su parte Malidier, en su revisión de esta etapa, reconstruirá así el problema del sujeto tal como quedaba planteado en AD2:

Bajo la dominación de la ideología dominante y del interdiscurso, el sentido se constituye en la *formación discursiva* a espaldas del sujeto que, ignorante de su sujetamiento por la ideología, se cree dueño de su discurso y fuente de sentido. (Malidier, 1992: 208).

¿Cómo pensar, entonces, ese sujeto del discurso, soporte de procesos discursivos de los cuales no es origen? Para evitar una nueva

recaída en la concepción idealista o empirista del sujeto, el AD se proyectará como el desarrollo de un procedimiento de análisis “no subjetivo de los efectos de sentido”, el cual “atraviesa la ilusión del efecto-sujeto (producción/lectura) y se remonta por una especie de arqueología regulada hacia el proceso discursivo” (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 240).

Llegados a este punto, conviene examinar tres aportes centrales que el AAD procurará articular en esta etapa: los desarrollos foucaulteanos, la teoría de la ideología de Althusser, y el psicoanálisis.

2.2.2.1. Foucault, la arqueología y las formaciones discursivas

El recurso a *La Arqueología del saber* de Michel Foucault ([1969] 1992) y específicamente a su concepto de FD es explicado por Courtine como un intento por sortear ciertos obstáculos relativos a la distancia existente entre los avances teóricos y las deficiencias técnico-metodológicas en el AD. La ventaja central atribuida a la concepción foucaultea es su planteo de la regularidad en la dispersión, ya que, al ubicar coherencia y heterogeneidad en el corazón mismo de las FD, permite comprender que su unidad dividida es la ley misma de su existencia. Esta condición paradójica de las FD irá ganando terreno en el tránsito de AD1 a AD3, en correlación con el pasaje de la homogeneidad a la heterogeneidad que abordaremos en la segunda sección de este ensayo.

Courtine agregará que “releer a Foucault no es 'aplicarlo' al AD, es hacer trabajar su perspectiva al interior del AD” (1981: 213), porque su planteo no ofrece nociones operativas, sino una construcción teórica ejemplar del concepto de FD. Si bien Courtine señala un isomorfismo entre las perspectivas de Pêcheux y Foucault, la traducibilidad entre ambos no será directa en razón de dos diferencias centrales: en la concepción de “enunciado” y en la de “sujeto”.

El antisubjetivismo de Foucault lo conduce aquí, al concebir una posición de sujeto como simple intercambiabilidad de locutores, a negligir los procesos de identificación por los cuales un sujeto hablante es constituido en sujeto ideológico de su discurso. Nosotros nos desmarcaremos en este punto de la problemática de la *Arqueología* en que esta última elide de hecho el mecanismo del sujetamiento [*assujettissement*] (*ibíd.*: 217)

En la misma línea, Mالدیدیر, Normand y Robin (1972) son críticos respecto de la no consideración por parte de Foucault del funcionamiento del significante en relación con la constitución subjetiva, y reafirman la legitimidad de los dos problemas que el método arqueológico no permitiría abordar: el del discurso en relación con el lugar del significante y el de la subjetivación.

Vemos emerger, así, el problema del sujeto en el seno mismo de la definición de uno de los conceptos centrales en torno de los cuales girará al AD en este momento: las FD. Éstas quedarán conceptualizadas como “matrices” del sentido (Pêcheux, 1975: 146), como lo que determina lo que puede y lo que debe ser dicho; en otras palabras, como el conjunto de reglas que determinan lo decible “en una cierta relación de puestos en el interior de un instrumento ideológico e inscrito en una relación de clases” (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 234). En las FD, en tanto que espacios de reformulación-paráfrasis (Pêcheux, 1975: 158), se constituye la ilusión necesaria del sentido y de una “intersubjetividad hablante”. Así, el reconocimiento intersubjetivo y del significado se develan como efectos de procesos materiales e íntimamente vinculados entre sí.

2.2.2.2. La teoría althusseriana de la ideología: el proceso de sujetamiento/subjetivación en el discurso

Ahora bien, esta definición no está completa si no se tiene en cuenta que es en el seno de una FD donde se concreta el sujetamiento/subjetivación ideológica (Pêcheux, 1975: 144-147; Courtine, 1981), al tiempo que lo propio de una FD es ocultar su propia dependencia del interdiscurso, recubrir lo impensado, lo exterior que la determina (Pêcheux, 1975: 163). Estos dos aspectos se relacionan a partir del hecho de que el recubrimiento de ese “exterior” se da en la esfera reflexiva de la conciencia y la intersubjetividad (*ibíd.*). Dicho de otro modo, “la forma-sujeto (por la cual el 'sujeto del discurso' se identifica a la FD que lo constituye) tiende a absorber-olvidar el interdiscurso en el intradiscurso” (*ibíd.*: 152).

En este punto, la teoría althusseriana de la interpelación ideológica como mecanismo de subjetivación/sujeción adquiere toda su relevancia. La apropiación por al AD de la teoría de la ideología se realizará en un doble nivel: sobre la ideología como instancia específica y constitutiva de toda formación social (trabajada mediante el concepto de FI en relación con los Aparatos Ideológicos de Estado),

y como mecanismo/dispositivo de interpelación de sujetos, de “sujetivización” (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 240).

Encontraremos los planteos centrales respecto de la formulación althusseriana del problema del sujeto en *Les vérités de La Palice* (Pêcheux, 1975), especialmente el capítulo “Discours et idéologie(s)”. Allí, el acento estará puesto en la ideología como mecanismo de producción de los dos tipos de “evidencias” subjetivas que Foucault no permitía pensar, la del significado y la del sujeto.

Todo nuestro trabajo adquiere aquí su determinación, por la cual la cuestión de la *constitución del sentido* se une a la de la *constitución del sujeto*, y esto no lateralmente (por ejemplo en el caso particular de los 'rituales' ideológicos de la lectura y la escritura), sino en el interior de la 'tesis central' en sí misma, en la figura de la *interpelación*. (*ibíd.*: 137-8)

Para el AD, se trata de encontrar la relación entre el efecto por el cual el sujeto se reconoce como dueño del sentido desconociendo el proceso mismo de su sujeción al discurso y por su intermedio a las ideologías,¹⁰ con las formas específicas por las que ese desfase se hace presente en el discurso.

La interpelación del individuo en sujeto de su discurso se efectúa por la identificación (del sujeto) con la formación discursiva que lo domina (es decir, en la cual se constituye como sujeto): esta identificación, fundadora de la unidad (imaginaria) del sujeto, reposa en el hecho de que los elementos del interdiscurso (sobre la doble forma [...] de 'preconstruido' y 'proceso de sostén') que constituyen, en el discurso del sujeto, *los trazos de lo que lo determina*, son reinscriptos en el discurso del sujeto mismo. (*ibíd.*: 148)

La particularidad que se introduce en AD2 es que la posición habilitada en el discurso primará por sobre la representación imaginaria que un sujeto pueda tener de ella, lo que luego será traducido en términos lacanianos: “esta identificación simbólica domina las identificaciones imaginarias a través de las cuales cada representación verbal [...] reviste un sentido propio que le pertenece 'con toda evidencia'” (*ibíd.*: 161, nota 46).

A partir de esta relación entre discurso e ideología se da un redoblamiento que asegura la sujeción no sólo del sujeto interpelado

¹⁰ “Los individuos son 'interpelados' en sujetos-hablantes (en sujetos de *su* discurso) por las formaciones discursivas que representan 'en el lenguaje' las formaciones ideológicas que les corresponden.” (Pêcheux, 1975:145)

a su discurso, sino también a otras identificaciones ideológicas, ligadas a relaciones sociales jurídico-ideológicas específicas, históricamente datables y referibles a una organización determinada de la producción. En otras palabras, se trata de pensar el redoblamiento del sujeto ideológico con el sujeto del discurso, y también la dependencia del *sujeto* en relación con el Sujeto.

Por medio de este mecanismo, Pêcheux podrá afirmar que el no-sujeto predomina sobre todas las figuras subjetivas y sobre cualquier forma de intersubjetividad, desplazando lo imaginario de la posición central que tenía en la primera etapa del AD, sin por ello eliminarlo.

2.2.2.3. El recurso al psicoanálisis: los “olvidos” y la primacía del significante

El recurso al psicoanálisis con énfasis en la primacía de lo simbólico sobre lo imaginario permitirá pensar de manera conjunta el problema del sujeto y el del significante. El discurso, definirá Pêcheux, no es cuestión de signos, sino de significantes, porque es allí que se plantea la cuestión

[...] del *sujeto como proceso (de representación) interior al no-sujeto que constituye la red de significantes, en el sentido que le da Lacan: el sujeto está 'tomado' [pris] en esa red -'sustantivos comunes', 'sustantivos propios', efectos de 'shifting', construcciones sintácticas, etc- de manera que resulta 'causa de sí', en el sentido spinozista de la expresión. (Pêcheux, 1975: 141. Resaltado original)*

Por un lado, el psicoanálisis permite enfocar de un nuevo modo la preocupación por el sentido, lo cual conduce a efectuar una nueva ruptura con la lingüística. Asimismo, el AD remite el hecho de que la primacía del significante sobre el significado no se ejerce nunca en abstracto, sino siempre en el marco de una FD determinada por su exterior específico (*ibíd.*: 162), a la problemática general inaugurada por el materialismo histórico.

Por el otro, y de manera decisiva para de lo que nos interesa, encontramos en el acercamiento al psicoanálisis un esfuerzo por pensar el problema del sujeto tal como se planteó en esta fase de AD: es decir, dar cuenta de la relación entre las condiciones no subjetivas de la ilusión subjetiva, y las maneras en que esas condiciones se realizan subjetivamente (Pêcheux y Fuchs, [1975] 1978: 252). Sólo así la cuestión de la enunciación podrá ser replanteada en tanto que

“teoría de la ilusión subjetiva del habla” (*ibíd.*: 354): “la enunciación vuelve [...] a ubicar fronteras entre lo que es 'seleccionado' y precisado poco a poco [...] y lo que se ha rechazado” (*ibíd.*: 248). De lo que se tratará ahora es de situar el punto preciso de ese rechazo. En este sentido, los mecanismos de selección y rechazo se desdoblarán en el nivel imaginario (el *otro* con minúsculas, que reaparece en el olvido #2) y el nivel simbólico (el del Otro, referido con el olvido #1), siendo éste el que predomina sobre aquél.

Para esta distinción entre los dos tipos de olvido, Pêcheux y Fuchs recurren a la primera tópica freudiana: mientras el #2 posee un funcionamiento de tipo preconscious/consciente (dominio de las estrategias discursivas), el #1 es a la vez inaccesible al sujeto y constitutivo de la subjetividad en el lenguaje. El recurso a la terminología freudiana, afirman los autores, permite por una parte señalar el carácter a la vez informable y constitutivo de esa exterioridad específica, así como rechazar teóricamente el espacio de la reformulación subjetiva como la fuente de los efectos de sentido: contrariamente a la ilusión subjetiva, el espacio habilitado para las reformulaciones está de antemano bordeado por un exterior que lo habilita, lo determina, y se oculta en tanto que tal.¹¹

Pêcheux repasará luego (*Les vérités de La Palice*, 1975) la distinción entre los dos olvidos y formula que ésta permite: a) ver que no hay acceso directo a lo “no-dicho” más que por la vía de la paráfrasis (lo “dicho de otro modo”); b) dar cuenta de la impresión de realidad que el “pensamiento propio” adquiere para el sujeto hablante. Sin embargo, señalará que la terminología de la primera tópica freudiana acarrea el riesgo de recortar una zona autónoma respecto del inconsciente, y hacer de éste una zona inaccesible, delimitada por la censura. Contra esta regionalización -capaz de alimentar la ilusión de la autonomía del yo y privilegiar nuevamente los procesos secundarios a expensas del proceso primario- son retomadas la reelaboración freudiana de la primera tópica y la lectura lacaniana de la segunda. Ello permitirá afirmar la primacía de una articulación inconsciente allí donde las representaciones aparecen como ligadas conscientemente las unas a las otras.

¹¹ La reelaboración lacaniana del freudismo queda sólo esbozada en el artículo de Pêcheux y Fuchs (sólo en las conclusiones del artículo el olvido #1 es asociado al Otro y el #2 al *otro*), pero es retomada en *Les vérités de La Palice*.

Años después, Pêcheux ([1983] 1990) señalará que no obstante estos desarrollos, el sujeto del discurso siguió siendo en AD2 “concebido como puro efecto de sujeción [*assujeitamento*] a la maquinaria del FD con el cual se identifica” (*ibíd.*: 314). Sin embargo, es posible afirmar a la vez que el propio planteo de las “relaciones de entrelazamiento desiguales de la FD con un exterior” supone algún desplazamiento respecto del “cerramiento” de las “máquinas”, cómo si éstas llevaran en sí la necesidad de su propia disolución conceptual en tanto que espacios cerrados y homogéneos. Dirá Pêcheux, años después, acerca de estos desarrollos: “Así, la insistencia de la alteridad en la identidad discursiva pone en cuestión el cerramiento de esa identidad, y con ella la propia noción de maquinaria discursiva... y tal vez, también, a la de formación discursiva” (*ibíd.*: 315).

Se vislumbran aquí los inicios de una nueva crisis y de las coordenadas que guiarán su tramitación. En consonancia con el creciente primado de la heterogeneidad por sobre la homogeneidad y la mismidad, el problema del sujeto encontrará una nueva reformulación que permitirá pensarlo en vínculo con la política y el acontecimiento.

2.3. AD3: el sujeto más allá de la identificación

De acuerdo con la lectura de Malidier (1992), crece en esta etapa la importancia del psicoanálisis, o, más precisamente, Pêcheux gesta su autocrítica a través suyo. La autora habla de una “rectificación”: La “rectificación” concierne al principio mismo de la gran construcción teórica. Destruye la ilusión de totalidad. El proyecto de desmontar los mecanismos de interpelación, de desenmascarar el narcisismo del sujeto, desemboca a fin de cuentas en la doble clausura del sujeto y de la historia. Tanto sobre el plano individual como sobre el plano de la historia, la máquina no hace lugar a las fallas, a los errores. El sujeto está demasiado bien sujetado, la ideología dominante domina demasiado bien. La singularidad del sujeto, así como la del suceso, son excluidas de esta construcción que finalmente queda en manos del doble control del Hombre y de la Historia. (*ibíd.*: 210)

Si por un lado esta “rectificación” conduce a un desplazamiento respecto de la posición ante el estructuralismo, por otra parte ella tiene consecuencias sobre la concepción del problema del sujeto.

Pêcheux hace referencia a los desarrollos teóricos que, abordando la cuestión de la “heterogeneidad enunciativa”, tematizan las formas lingüístico-discursivas del discurso-otro: (a) “discurso de otro colocado en escena por el sujeto, o discurso del sujeto colocándose en escena como otro” (Pêcheux, 1990: 316); (b) una suerte de “más allá” interdiscursivo que tanto estructura la escena que estratégicamente puede plantear el “yo” como la desestabiliza: esto, al parecer, tiene relación con la concepción psicoanalítica de la lengua.

La centralidad que adquiere el planteo de lo real supone la introducción de un principio de desestabilización al interior de la lengua que echa por tierra toda pretensión de univocidad y de fijeza. Esta heterogeneidad, que, en tanto inscripta dentro de un orden simbólico por definición incompleto, sólo se reconoce por sus efectos. Veremos que esto último se expresará en el modo en que Pêcheux piensa la práctica política y el lugar del sujeto (del discurso) revolucionario.

Asimismo, encontramos un desplazamiento en esta etapa por el cual, si anteriormente eran los espacios discursivos estabilizados los que atraían la atención de los investigadores -especialmente el discurso político en sentido estricto y el de la ciencia-, ahora éstos se dirigirán al estudio de zonas de mayor inestabilidad. Esto suscita una reposición de la pregunta por el sujeto de dichos discursos:

En los espacios discursivos [...] lógicamente estabilizados, se supone que un sujeto hablante dado sabe de lo que está hablando; todo enunciado producido en esos espacios refleja propiedades estructurales que son independientes de la enunciación. Dichas propiedades están inscriptas de modo transparente en una descripción adecuada del universo, en tanto que el universo está discursivamente aprehendido en esos espacios. Lo que aparece como factor unificador de esos espacios discursivos es una serie de evidencias lógico-prácticas a un nivel muy general [...]. La homogeneidad lógica que condiciona lo lógicamente representable como conjunto de proposiciones capaces de ser verdaderas o falsas está atravesada por una serie de equívocos (que conciernen en particular a términos tales como Ley, Rigor, Orden, Principio, etc.) que cubren al mismo tiempo, como si fueran parches, los dominios de

las ciencias exactas, las tecnologías y los servicios públicos. (Pêcheux, [1983] 2014: 83)

En un argumento similar al de Althusser contra las concepciones de la ideología como “bellas mentiras”, Pêcheux observa que este recubrimiento lógico sistemático de regiones heterogéneas de lo real no puede ser obra de alguna mistificación. Profundizando en la cuestión, Pêcheux piensa el mundo de la práctica desde la posición de un “sujeto pragmático” que remite a Kant, y afirma que este sujeto, al tiempo que tiene una necesidad de homogeneidad lógica, advierte que ese mundo práctico está atravesado por la equívocidad.

Estos planteos conducen sin duda al problema del conocimiento: qué es conocer y quién conoce. Sin extendernos aquí sobre ello, señalemos únicamente que puede pensarse que Pêcheux está recogiendo la promesa del estructuralismo y siendo fiel a ella, asumiendo la exigencia de denunciar los puntos en los que esta empresa fue sujeto y objeto de una nueva pretensión científicista que la llevó a auto-postularse como nuevo metalenguaje. En este sentido, Pêcheux afirma que “en el nombre de Marx, Freud y Saussure, se delineó una nueva fundación teórica, políticamente muy heterogénea”, que destruyó no sólo las certidumbres “científicas” de un positivismo funcionalista, sino también, en el plano del sujeto, la obviedad literaria de una autenticidad “vívida”:

El efecto subversivo de la trilogía Marx-Freud-Saussure constituyó un desafío intelectual que defendía la promesa de una revolución cultural que pondría en cuestión a la evidencia del orden humano en tanto orden biológico-social. [...] En una palabra, la revolución cultural estructuralista nunca dejó de levantar una sospecha muy explícita concerniente al registro de lo psicológico (y concerniente a las psicologías –del “yo”, de la “conciencia”, del “comportamiento”, o del sujeto “epistémico”). Esta sospecha no era engendrada por el odio a la humanidad que a menudo se le atribuyó al estructuralismo. Era la consecuencia del reconocimiento de un hecho estructural propio al orden humano: el de la castración simbólica. Pero al mismo tiempo, esta movida anti-narcisista (cuyos efectos políticos y culturales, obviamente, no se han agotado) se convirtió en una nueva forma de narcisismo teórico –un narcisismo de la estructura. (Pêcheux, [1983] 2014: 89-90)

La autocrítica respecto de la ciencia regia y sus pretensiones, y el modo en que ésta priorizó la estructura por sobre el

acontecimiento, patente en el AD en conceptos como “formación discursiva”, no remite aquí directamente al problema del sujeto. Sin embargo, ella habilita a pensar que el desplazamiento del interés hacia universos discursivos lógicamente no estabilizados abre el espacio para una teoría dispuesta a captar la equivocidad de todo discurso siempre-ya atravesado por la heterogeneidad y sin pretensiones de erigirse como nuevo metalenguaje. Ninguna pureza en el discurso, entonces, salvo como *efecto* de un proceso de “purificación”, que ni está dado ni logra nunca ser pleno. Más aún: puede pensarse que ese lugar de lo equívoco es el lugar donde la interpelación falla y que es ese lugar el propio del sujeto.

Pêcheux aclara que lo dicho no implica que se considere a los discursos “como un aerolito milagroso, independiente de las redes de memoria y de las trayectorias sociales dentro de las cuales emerge”: Pero el hecho que debiera ser subrayado aquí es que un discurso, por su misma existencia, marca la posibilidad de una desestructuración-reestructuración de esas redes y trayectorias. Todo discurso es el índice potencial de un movimiento dentro de las filiaciones socio históricas de identificación, en la medida en que constituye, al mismo tiempo, un efecto de esas filiaciones y el trabajo (más o menos consciente, deliberado, construido o no, pero de todos modos atravesado por determinaciones inconscientes) de desplazamiento dentro de su espacio. No hay una identificación completamente “exitosa”: esto es, no hay vínculo social histórico que no esté afectado de algún modo por una “infelicidad” en el sentido performativo del término –en esas circunstancias, por un “trágico error” de “identidad equivocada” concerniente al otro, el objeto de identificación. Ésta puede ser, incluso, una de las razones de por qué cosas tales como las sociedades y la historia existen en vez de meramente una yuxtaposición caótica (o una perfecta integración supra-orgánica) de animales humanos en interacción. (Pêcheux, [1983] 2014: 94)

La creciente importancia que adquiere el registro del real lacaniano impactará en la problematización del sujeto. Para argumentar en favor de este nuevo desplazamiento, que lo liga a la inquietud por la política, nos detendremos en “Délimitations, retournements et déplacements”, un artículo de Pêcheux de 1980 y publicado en 1982, en el que el autor propone un “análisis espectral” de los procesos revolucionarios. Si bien *lo espectral* se podría relacionar con los muertos que retornan, con una fantasmagoría o una ilusión, el autor elige denominar así a un análisis que tome al

hecho revolucionario en sus relaciones con lo visible y lo “invisible”, con lo existente y lo “no realizado” o lo “imposible” de una formación social dada.

Más aún, su objetivo será poner de relieve la relación entre política (restringida en este artículo al estudio de procesos revolucionarios específicos: 1789, 1848, 1917) y lenguaje partiendo de la afirmación central de que *lo inexistente está estructuralmente inscripto en el registro simbólico*, como por ejemplo en las formas de la negación, de la hipótesis, del futuro, de la expresión del deseo...: “a través de estructuras que le son propias, toda lengua está necesariamente en relación con el no-acá [*pas-là*], el ya-no-acá [*plus-là*]...” ([1980] 1982: 54). El espacio revolucionario y el discurso revolucionario ¹² le resultan interesantes para estudiar estas cuestiones, dado que lo específico de la revolución como momento político es que supone el pasaje radical de un mundo a otro, es decir que, allí, la relación con lo inexistente se plantea de forma ineludible, dando lugar al tramado de nuevas relaciones entre lengua y sociedad.

En esta línea, el ángulo de interrogación de las relaciones entre discurso y política ya no serán las marcas en una secuencia determinada de la FD de la que depende, ni de su exterior específico (si por eso entendemos otras formaciones dotadas de positividad). Si bien a la hora de pensar la relación política/discurso, Pêcheux sigue interesado en las maneras en que “lo otro” del discurso se inscribe en él, esa otredad que en AD2 era denominada “interdiscurso”, es pensada aquí como el “inexistente constitutivo” de las diferentes formaciones sociales. Dicho de otra forma, en el propio lenguaje se inscribe la tensión entre lo irrepresentable (que el autor vincula a lo real) y su necesaria representación (simbólica) para un sujeto ideológico. El problema del sujeto aparece aquí como una pregunta acerca de lo que podríamos llamar el sujeto del discurso revolucionario -aunque Pêcheux no utilice esta terminología en su texto-, y se encuentra estrechamente vinculado tanto a la

¹² En este artículo habla de “discurso revolucionario” con una relativa ambigüedad: por una parte, alude al discurso concreto que tiene lugar en momentos de revolución o en torno a sus portavoces; pero, por el otro, da a entender que “discurso revolucionario” designa la palabra política por excelencia, es decir, aquella que, como veremos enseguida, no sólo resiste y subvierte una legalidad dada inscripta como modo de dominación lingüística nombrando *la parte que no tiene parte* (diría tal vez Rancière casi quince años después que Pêcheux), sino que encuentra modos de albergar en sí la heterogeneidad que es constitutiva del lenguaje, revolucionándose a sí mismo sin caer en nuevas “administraciones religiosas del sentido” (Pêcheux, [1980] 1982).

radicalización de la concepción de heterogeneidad del discurso ya presente en AD2, como a la incorporación de lo real lacaniano.

Pêcheux retoma nuevamente a Althusser para señalar que la ideología -en general- en su eficacia omnihistórica implica una tendencia permanente a presentar los orígenes, los fines últimos, el más allá, lo invisible, como elementos positivos. Así, toda sociedad, dirá remitiendo a Nietzsche, es por definición religiosa: todo orden simbólico supone ya una adhesión creyente en la representación de lo irrepresentable, inscrita en la estructura gramatical misma. A partir de esto, Pêcheux anuda la política y el discurso como una tensión entre un orden simbólico dado y una heterogeneidad sobre la cual aquél se constituye y que es su condición misma de posibilidad.

Si bien la presencia de Althusser y su teoría de la ideología – para pensar los procesos de subjetivación/identificación a partir del mecanismo de interpelación ideológica– es explícita en el texto, Pêcheux se empeña en destacar algo que, nos dice, estaba implícito en el propio planteo althusseriano, pero que, agregamos nosotros, sólo se hace visible en esta etapa mediante un rodeo por los aportes del psicoanálisis. Cuando Pêcheux retoma aquí el concepto de interpelación ideológica pone inmediatamente de relieve la importancia del ritual y señala que ya Althusser dejaba entrever que no hay ritual que sea plenamente exitoso, sin falla, al tiempo que el efecto específico del ritual es el del desconocimiento de esa incompletud. Es en ese espacio fallado a la vez que “desconocido” donde entendemos que Pêcheux ubica la emergencia del sujeto de la política.

Pêcheux advierte que, para avanzar en un análisis *espectral* de los discursos revolucionarios capaz de dar cuenta cómo se constituyen históricamente en su relación con lo inexistente, lo irreal y lo imposible, hay que deshacerse de dos efectos religiosos complementarios: la creencia en que esos discursos vienen de “la teoría”, como un espacio *exterior* que introduce la revolución en el mundo; y la que sostiene que estos discursos están en *germen* en las “ideologías dominadas” detentadas por grupos subordinados, como algo prefigurado o en estado práctico, a la espera para desplegarse.¹³

¹³ Según el autor, y en concordancia con lo que ya planteara en *Les vérités de La Palice*, la dominación por la ideología dominante no se ejerce desde el exterior de o sobre los grupos dominados, sino de forma interna a la constitución de las propias “ideologías dominadas”. Las ideologías dominadas no son otro mundo existente por separado de la lógica de la dominación, sino que se forman *bajo y contra* dichas condiciones.

Entonces, el análisis espectral se pregunta *de dónde* vienen los discursos revolucionarios, interrogante que habilita tanto la indagación por la genealogía de los discursos como por la cuestión del sujeto: ¿cuál es el sujeto (del discurso) revolucionario? Sabemos ya que Pêcheux descarta tanto la pregunta por el origen como una concepción de sujeto exterior a la sociedad o identificada con un grupo subordinado, definido al margen de las reglas dominantes. Antes bien, el sujeto será una instancia de quiebre en la repetición de un ordenamiento, desplazándose así la cuestión subjetiva fuera del plano de la identificación ideológica: “Toda genealogía de las formas del discurso revolucionario supone hacer primero un retorno a los puntos de resistencia y de revuelta que se incuban [*couvent*] bajo la dominación ideológica” ([1980] 1982: 63).

Entonces, el sujeto (del discurso) revolucionario acontece ahí donde, a partir de la aparición de la disrupción *en* la letra misma del lenguaje (“resistencia”), se hace de ese emergente heterogéneo un móvil de la “revuelta”. Con “resistencia”, Pêcheux alude a formas de inscripción de lo inexistente en la propia dominación inscrita en la lengua (discurso de la dominación): lo irrealizado adviene en el sinsentido y no en el discurso programático (el cual, en última instancia, sería simétrico al dominante, en la medida en que evacua la heterogeneidad en pos de una “administración religiosa del sentido”). No escuchar, escuchar mal, exacerbar la literalidad, alterar el orden o la sintaxis, etc.: formaciones que marcan los límites de los rituales de interpelación ideológica. Con “revuelta”, se refiere al “momento imprevisible donde una serie heterogénea de efectos individuales entra en resonancia y produce un acontecimiento histórico, rompiendo en círculo de la repetición” (*ibíd.*: 64).

En suma, en relación con la cuestión del sujeto, vemos aparecer ahora una preocupación nueva por el decir político y por el sujeto de la política. Si bien no está dicho explícitamente por Pêcheux, podemos pensar que aquí está gravitando algo de lo que Althusser planteara en los '70 e inicios de los '80 acerca de la práctica política del Príncipe nuevo en Maquiavelo (cf. Althusser, [1962-1986] 2004), o en los desarrollos sobre el materialismo aleatorio (cf. Althusser, 2002). La cuestión de la heterogeneidad ya presente en el AD2 adquiere ahora una nueva formulación para pensar la práctica política, siendo no sólo remitida al no-cierre del discurso, sino al “inexistente constitutivo” de toda formación social.

Si bien Pêcheux mantendrá la cuestión de la interpelación/ subjetivación, el problema del sujeto adquiere consistencia ya no en el lugar de la identificación y el reconocimiento, sino en los *límites* del ritual y la repetición. Asimismo, si, como vimos, en la primera etapa de AD el énfasis estaba puesto en el registro de lo imaginario, y en la segunda era lo simbólico lo que adquiriría primacía, en estos últimos desarrollos es posible rastrear un desplazamiento similar al que el propio Lacan va registrando en sus propias teorizaciones, incorporando la reflexión en torno del registro de lo real. Lo simbólico aparece acentuado como el lugar de permanente intento de fijación de los espectros –su brecha, su apertura, su indeterminación– que lo asedian.

3. La cuestión epistemológica

Si bien la obra de Pêcheux suele asociarse con el análisis (y la teoría) del discurso, conviene recordar que el desarrollo del AD, en todas sus etapas, se sostiene en una reflexión epistemológica que opera como instrumento crítico de sus conceptos y métodos. En la sección anterior hemos podido ver de qué modo este instrumento crítico se ponía en juego a propósito de la cuestión del sujeto, ya fuera en la polémica con otras posiciones, ya en la rectificación teórica o de las estrategias de análisis.

En esta sección intentaremos dar cuenta de las continuidades y transformaciones en la perspectiva epistemológica de Pêcheux. A diferencia de nuestro tratamiento de la cuestión del sujeto, hemos optado aquí por una organización diferente de la exposición: sin dejar de asumir el esquema de las tres etapas, entendemos que el principal “cambio de terreno” separa a AD3 de las dos etapas anteriores, por lo que consideraremos AD1 y AD2 en conjunto. Se trata de un desplazamiento que desliga a las disciplinas convocadas por la teoría del discurso –ahora pensadas como “disciplinas de interpretación”– del modelo de la ciencia galileana.

3.1. La Impronta Althusseriana en la Constitución de la Problemática del Discurso

En la tradición francesa de historia y filosofía de las ciencias que se

inicia con los trabajos de Bachelard, la reflexión “sobre la cientificidad de la ciencia” –así la definía J. Hyppolite– asume, con Althusser, un sesgo materialista:¹⁴ en esa vía se inscribe la labor de Pêcheux, como lo atestigua una de sus primeras publicaciones (Fichant y Pêcheux, 1971), que reproduce su intervención en el marco del “Curso de filosofía para científicos”, impartido bajo la dirección de Althusser en la École Normale Supérieure durante el invierno 1967-68.

Pero la impronta althusseriana está, por así decir, desde el principio, como puede advertirse en los trabajos anteriores de Pêcheux, publicados bajo el seudónimo “Thomas Herbert” (Herbert, 1966 y 1968). Para los fines de nuestra indagación, dichos trabajos ameritan una mayor atención, ya que a diferencia de la intervención en el “Curso...” –que analizaba los efectos de la ruptura galileana en física y biología–, los textos de Herbert –centrados en las ciencias sociales– proporcionan más elementos de juicio para pensar la articulación entre la reflexión epistemológica y la cuestión del discurso.

Maldidier (1992: 203) indica que en (Herbert 1966) se hace manifiesto el gran proyecto de Pêcheux, el de la articulación de los tres “continentes” de la lingüística, el materialismo histórico y el psicoanálisis. Dicho proyecto deriva del examen crítico de las ciencias sociales de su tiempo, caracterizadas como “la aplicación de una técnica a una ideología de las relaciones sociales” (Herbert, 1966: 156-7). Herbert/Pêcheux no les concede el estatuto de práctica científica, pero, retomando los planteos de Althusser en “Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes)”, nos recuerda que “una ciencia nace siempre de la transformación de una generalidad ideológica inicial” (Herbert, 1966: 157). Así, las llamadas ciencias sociales señalan el “vacío teórico en donde una *ciencia de las ideologías* podrá instaurarse” (Herbert, 1966: 163).

Ahora bien, el proceso de transformación supone la intervención de lo que Althusser llamaba “Generalidad II” (Althusser, 1985: 152).¹⁵ Para Pêcheux, sus elementos parecían discernirse “en un

¹⁴ No podemos extendernos en la caracterización de la epistemología de Althusser: baste remitir a los *loci classici* de su despliegue, Althusser ([1965] 1985), y Althusser y Balibar ([1967] 2006). Precisiones y rectificaciones se encuentran en Althusser ([1973] 1974), en Althusser ([1974] 1975), y en Althusser ([1974] 1985). Un comentario de gran interés para la cuestión aquí enfocada es “El concepto de ‘corte epistemológico’ de Gaston Bachelard a Louis Althusser”, comunicación de Balibar presentada por primera vez en 1977 y recogida en Balibar ([1991] 2004).

¹⁵ Intentando precisar la noción, decía Althusser: “la unidad de lo que llamo ‘teoría’ existe raramente en

grupo de prácticas teórico-ideológicas, que están en proceso de producir su propio objeto” (Herbert, 1966: 164), haciendo referencia a la lingüística, al psicoanálisis y a la historia. Estableciendo una analogía con esta última teoría (en tanto “teoría de las formaciones sociales”), la *teoría de la ideología* sería la ciencia resultante del trabajo de las prácticas teórico-ideológicas arriba mencionadas sobre la ideología de la práctica social encarnada en las ciencias sociales (Herbert, 1966: 165).

Si el texto que acabamos de comentar se concentra en los aspectos críticos, Herbert (1968) apunta a lo propositivo, planteando una distinción analítica entre ideologías de forma empírica e ideologías de forma especulativa, que a su vez se relaciona con un sistema de funciones, relaciones y efectos. Se advierte el esfuerzo de articulación de elementos provenientes tanto del materialismo histórico como del psicoanálisis, mientras que los elementos lingüísticos son, aún, rudimentarios. A decir verdad, todo indica que nos encontramos con un desarrollo un tanto prematuro: como veremos, estos tanteos iniciales serán, en líneas generales, descartados ante el avance de la teoría de la ideología de Althusser en “Ideología y AIE” (Althusser, 1988).

Como señala Maldidier, *Análisis automático del discurso* (Pêcheux, 1969) es, a la vez, la conclusión de las reflexiones puramente epistemológicas “y el punto de partida de la ‘aventura del discurso’” (1992: 202-3). Mientras que en los trabajos de Herbert la lingüística es más aludida que puesta en juego, en *Análisis...* la referencia a Saussure se explicita. Como sintetiza Maldidier:

El concepto de discurso se constituye a partir de una reflexión crítica sobre el corte fundador operado por Saussure y no sobre su superación. Apoyándose en la lengua (entendida en el sentido saussureano de sistema), el discurso reformula el habla, ese “residuo filosófico” que es necesario liberar de sus implicaciones subjetivas. Supone, según la fórmula althusseriana, un “cambio de terreno”, es decir, la intervención de conceptos exteriores a la lingüística. El nuevo objeto es definido entonces –y esta posición no ha de variar– por un doble anclaje en la lengua y en la Historia. Es pensado sobre el modo de la ruptura epistemológica con la ideología subjetivista que

una ciencia bajo la forma reflexiva de un sistema teórico unificado. [...] Con la mayor frecuencia está hecha de regiones localmente unificadas en teorías regionales coexistentes en un todo complejo y contradictorio que posee una unidad no pensada teóricamente.” (Althusser, 1985: 152, nota 21)

reina en las ciencias sociales y regula la lectura de los textos. (Maldidier, 1992: 203-4)

La cita de Maldidier es instructiva desde dos puntos de vista. Por un lado, porque permite entender a partir de qué recursos pensaba Pêcheux encarar la construcción de un acercamiento discursivo a los problemas ideológicos: la continuidad con el trabajo desplegado en los artículos de Herbert va en el sentido de la construcción de un dispositivo de análisis que permita tratar un tipo fundamental de manifestación ideológica (la que se soporta en la materialidad lingüística).¹⁶

Por otra parte –que en cierto sentido interesa más a nuestros fines– el vocabulario de Maldidier no deja dudas con respecto a la raigambre althusseriana del proyecto de Pêcheux, lo cual no hace sino reafirmar la lectura que venimos proponiendo: es a partir de nociones como *corte epistemológico*, *transformación* (como proceso productivo que pone en juego a las distintas “generalidades”), etc., que Pêcheux arriba al análisis del discurso –“instrumento concebido dentro de [...] la teoría del discurso, en el seno de la teoría marxista de las ideologías” (Léon, 2010: 2)–, en abierta ruptura con el mero registro de la opinión subjetiva que campeaba en las ciencias sociales de su tiempo.

El herramental epistemológico proporcionado por los trabajos de Althusser es, entonces, el que configura el encuadre que guía los desarrollos teórico-metodológicos de Pêcheux. De hecho, a medida que Althusser introduzca nuevas cuestiones o replanteamientos, estos irán afectando la construcción del AD: así, si AD1 se sostiene epistemológicamente en *La revolución teórica de Marx y Para leer El Capital*, AD2 da cuenta de los aportes de “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado” y de *Respuesta a John Lewis*. Esto puede verse con claridad en la obra de referencia del AD2, *Les vérités de la Palice* –la cual, como se recordará, tenía por objetivo “poner al día los fundamentos de una teoría materialista del discurso” (Pêcheux, 1975: 127)–, donde la teoría de la ideología se reformula en los términos

¹⁶ Como lo explicaría Pêcheux en un trabajo posterior, “si era cuestión de analizar el ‘discurso inconsciente’ de las ideologías, la lingüística estructural, ciencia ‘moderna’ de la época, era el medio ‘científico’ de desplazar el campo de preguntas del dominio de lo cuantitativo a lo cualitativo, de la descripción estadística hacia una teoría cuasi algebraica de las estructuras” (Pêcheux et al., 1982: 97). La abundancia de comillas en las palabras de Pêcheux señala la distancia que, para la época, percibía en relación a sus planteos más tempranos.

propuestos en (Althusser 1988),¹⁷ y donde conceptos tales como el de *proceso sin sujeto* colaboran, precisamente, en la fundamentación del “carácter epistemológicamente novedoso de la ciencia (marxista) de la historia” (Pêcheux, 1975: 186).

3.2. AD3 momento de deconstrucción

Sin duda, para Pêcheux la práctica del AD era “indisociable de la reflexión crítica que ella ejerce sobre sí misma”, y esta reflexión estaba determinada por dos elementos principales: “la evolución problemática de las teorías lingüísticas por un lado, los avatares del campo político-histórico por el otro” (Pêcheux, 1981:5).

Pêcheux formula esa reflexión en un escenario que, tanto en lo político como en lo teórico, se desplegaba bajo nuevas coordenadas. Resulta propicio volver al trabajo de Malidier para recuperar el contexto en el que se inicia el desarrollo de la “tercera época” del AD: A partir de la segunda mitad de la década de 1970 aparecen en Francia las primeras grietas, las premisas de la crisis que concluirá en una verdadera reconversión de la coyuntura teórica hacia 1980. Una crisis que, en Francia, es quizás en principio, y sobre todo, crisis de la política, con la ruptura del Programa Común en 1977. Esta fractura coincide con la desvalorización de lo político, el cuestionamiento de las positividadades y de las coherencias globalizadoras. El repliegue sobre lo privado, el retorno del sujeto, definen un horizonte nuevo. La crisis no perdona el campo de la lingüística, en el que la crítica de las lingüísticas formales se desata con la invasión, tardía por cierto en Francia, de la pragmática anglosajona, el entusiasmo de las lingüísticas de la enunciación, los enfoques textuales, la lectura pandialógica de un Bajtin súbitamente redescubierto. (Malidier, 1992: 209)

Malidier señala que, poco después de la publicación de *Les Vérités de la Palice*, Pêcheux inicia “la lenta deconstrucción de la máquina teórica que ha construido tan escrupulosamente” (ibídem). Por su parte, Fonseca-Silva retoma un artículo de 1978,¹⁸ en el cual

¹⁷ Habíamos señalado anteriormente que la propuesta de teoría de la ideología formulada en (Herbert 1968) fue descartada por la aparición de la teoría althusseriana expuesta en (Althusser [1970] 1988), lo cual simplifica demasiado la cuestión, en especial si llevara a pensar que recién es en (Pêcheux 1975) que se produce el reemplazo. Evidentemente, se trata de un proceso mucho más complejo, que excede los propósitos de este trabajo.

¹⁸ Se trata de “Il n’y a de cause que de ce qui cloche”, recogido en la compilación de Malidier

Pêcheux reconoce que “la Triple Alianza teórica” que, en la década del sesenta, se había configurado “bajo los nombres de Althusser, Lacan y Saussure” y que se proponía “articular entre sí los campos del marxismo, del psicoanálisis y de la lingüística” se encontraba con crecientes problemas (Fonseca-Silva, 2005: 93).

Se trata, sin duda, de un momento crítico que implica cambios profundos en la configuración del AD. Si bien las autoras que acabamos de citar dan cuenta de los tanteos y reconfiguraciones teóricas y metodológicas que sufrirá el AD en esta tercera etapa, no prestan demasiada atención a los cambios de perspectiva epistemológica. En lo que sigue, nos concentraremos sobre esta cuestión.

3.2.1. Desligamiento entre ruptura y real: las “disciplinas de interpretación”

En la ciencia galileana, la ruptura –producto del recurso al utillaje matemático–, da acceso a lo podríamos denominar (con Pêcheux) “estructura de lo real”. Para la epistemología “discontinuísta” que hizo de la “revolución galileana” su modelo fundamental,¹⁹ ruptura y acceso a lo real son procesos indiscernibles: vale decir que, para esta posición epistemológica, no se puede concebir un acceso a lo real sin mediación de una ruptura.

Volvamos un momento sobre la noción de “estructura de lo real”. Conviene recordar que Koyré –hablando, precisamente, de la labor de Galileo– había aludido a su “sorprendente esfuerzo por explicar lo real por lo imposible o –lo que es lo mismo– por explicar el ser real por el ser matemático” (Koyré, 2007: 169). Esta referencia es relevante si se tiene en cuenta que produjo efectos de sentido en el campo del psicoanálisis de orientación lacaniana y, posiblemente por esa vía, en Pêcheux, como puede verse en “Discurso: ¿estructura o acontecimiento?” (Pêcheux [1983] 2014). Allí Pêcheux habla de lo real en estos términos:

L'inquiétude du discours.

¹⁹ Se recordará –lo hemos mencionado más arriba– la participación de Pêcheux en el “Curso de filosofía para científicos”, con un trabajo sobre los efectos de la ruptura galileana en física y biología. Valga agregar lo siguiente: para la publicación de su intervención –junto con la de Fichant– Balibar y Pêcheux prepararon un texto preliminar –titulado “Definiciones”– en el cual dan cuenta de su toma de posición “discontinuísta”, la cual “por comodidad, cabe designar con los nombres de Bachelard y de Koyré” (Balibar y Pêcheux en Fichant y Pêcheux, 1971: 9).

Suponer que, al menos bajo ciertas circunstancias, un objeto es independiente de cualquier discurso sobre ese objeto equivale a suponer que, al interior de lo que aparece como siendo el universo físico-humano (cosas, seres vivos, personas, acontecimientos, procesos), “hay algo de lo real”. Esto es, hay puntos de imposibilidad que determinan qué no puede fallar en ser así. Lo real es la imposibilidad de que las cosas puedan ser de otra manera. Por lo tanto, uno no descubre lo real: se topa con él, se lo encuentra. (Pêcheux, 2014: 82)

El artículo que acabamos de citar constituirá el foco de nuestro análisis en lo que sigue, en la medida en que podemos encontrar en él una posición epistemológica que desliga la cuestión de la ruptura de la cuestión de lo real. Reconstruyamos, entonces, algunos hilos de su argumentación.

En el orden de la práctica social hay “cosas por saber”, y es por ello que a lo largo de la historia, señala Pêcheux, se ha constituido el proyecto –con algo de fantasía– de una “*ciencia de la estructura de lo real*”. Los principales jalones en ese camino son conocidos: el escolasticismo que se funda en la filosofía de Aristóteles; el surgimiento de las modernas ciencias de la naturaleza, que se oponen en su epistemología al escolasticismo (se trata de la ciencia galileana); el marxismo como “nuevo continente de la historia”.

Pêcheux va a interrogar a este último avatar de la ciencia, justamente en lo que hace a su estatuto de cientificidad: ¿es Marx el Galileo del “nuevo continente” de la historia? ¿Hay una imposibilidad específica de la historia, que señalaría estructuralmente lo que constituye lo real? Pêcheux responde diciendo que “todo nos lleva a pensar que la discontinuidad epistemológica asociada con el descubrimiento de Marx se ha vuelto extremadamente precaria y problemática” (Pêcheux, 2014: 86-7).

Marx no puede ser considerado el primer historiador, tal como Galileo es considerado el primer físico: hubo historiadores antes y después de Marx (vale decir, entonces, que no se detecta una ruptura). Pero la cuestión no queda allí, porque, por otra parte, Pêcheux considera que el marxismo no parece capaz de aprehender ese real de la historia. Contra todo el juego escolástico de las “malas” y “buenas” lecturas de Marx (que son, en cierto sentido, la caución bajo la cual el *corpus* marxista sostenía su condición de ciencia, incluso su condición de “unión de teoría y práctica”) Pêcheux propone lo que sigue:

[...] dejemos de proteger a Marx y de protegernos a través de él. Dejemos de suponer que “las cosas que hay que saber” concernientes al real social-histórico conforman un sistema estructural análogo a la coherencia conceptual-experimental del sistema galileano. Y permitámonos el intento por comprender qué implica ese fantasma sistemático, en tanto que especie de vínculo con “especialistas” de todo tipo y con las instituciones y aparatos estatales que los emplean, no para situarnos fuera de juego o fuera de estado (!), sino para que podamos pensar por fuera de la denegación marxista de la interpretación, esto es, asumiendo el hecho de que la historia es una disciplina de interpretación y no una nueva física de nuevo tipo. (Pêcheux, 2014: 88)

Como se puede advertir, el planteo de Pêcheux niega que el real social-histórico presente una estructura similar al descubierto por la ciencia galileana,²⁰ *pero no niega que haya un real social-histórico*, como se ve con claridad en lo que dirá poco después:

Plantear la cuestión de la existencia de un real específico a las ciencias de la interpretación requiere que lo no lógicamente estable no sea considerado a priori como una falta, o un simple agujero en lo real. Se asume que –entendiendo lo “real” de diversos modos– allí podría existir un real otro que el ya evocado, así también como otra clase de conocimiento que no es reducible al orden de “las cosas a ser conocidas” o a una red de esas cosas. Así, un real que es constitutivamente ajeno a la univocidad lógica y un conocimiento que no se transmite, ni se aprende ni se enseña, pero de todos modos existe en la producción de sus efectos. (*Ibidem*)

Vemos entonces que Pêcheux postula la existencia de “disciplinas” (o “ciencias”) de la interpretación que, a diferencia del modelo de la ciencia galileana, *no están en ruptura* con la configuración teórico-ideológica que las precedía. No obstante, para estas disciplinas *también “hay de lo real”*, como también otra clase de conocimiento. Dicho real es caracterizado en principio como “constitutivamente ajeno a la univocidad lógica”,²¹ mientras que ese conocimiento otro, que “no se transmite, ni se aprende ni se enseña”

²⁰ Milner (2003: 2018-28) plantea que la apuesta epistemológica de Althusser era, precisamente, la de postular la identidad formal entre teoría marxista y ciencia galileana. Y Pêcheux, en *Les vérités de la Palice*, afirmaba que « el materialismo histórico es, propiamente, la *ciencia experimental de la historia* » (Pêcheux, 1975: 188).

²¹ Por ello, dirá Pêcheux en un artículo publicado póstumamente que el campo del AD “se determina por aquellos espacios discursivos no estabilizados lógicamente” (Pêcheux, 1984: 16).

remite a las nociones psicoanalíticas de *transferencia e identificación* (Pêcheux, 2014: 92).

Si bien hemos puesto el foco en el modo en que Pêcheux reconsideraba el lugar de la historia, hay que entender que lo que vale para ella vale también, en cierto sentido, para la lingüística: en su examen del estructuralismo Pêcheux advierte que su “narcisismo teórico” –su voluntad de transformarse en “ciencia galileana”– se patentiza en su tendencia “a reinscribir sus ‘lecturas’ en el espacio unificado de una lógica conceptual” (90). La teoría funciona como metalenguaje, como un dispositivo de traducción, y es ese tipo de operación –que se pretende descriptiva– lo que Pêcheux cuestiona:

[...] toda descripción (y resulta irrelevante si se trata de la descripción de objetos o acontecimientos, o de la descripción de una construcción discursivo-textual, en tanto que sostenemos firmemente que “no hay metalenguaje”) está intrínsecamente expuesta a la equivocidad de la lengua: cualquier enunciado es intrínsecamente capaz de transformarse en otro, de separarse discursivamente de su significado para deslizarse hacia otro (excepto si se le aplica la prohibición de interpretación propia de lo lógicamente estable). (Pêcheux, 2014: 92)

Cuando Pêcheux habla de “disciplinas de interpretación” se está refiriendo, básicamente, a las tres “prácticas teórico-ideológicas” que, en un contexto epistemológico absolutamente diferente, mentaba en su artículo de 1966. Curiosamente, Pêcheux no hace comentarios sobre el psicoanálisis, como asumiendo que “va de suyo”, por así decir, que esta disciplina siempre fue una disciplina de interpretación. Sin embargo, el papel del psicoanálisis –en especial en la deriva lingüística que desarrolla Jean-Claude Milner²² es crucial para las elaboraciones del AD3. En un texto que probablemente Pêcheux no pudo leer, Milner, retomando el concepto lacaniano de *lalengua*, explicita su relación con lo real:

Lalengua, finalmente, toca lo real; porque no la agotan los efectos de la comunicación ni los espaciamentos de lo discernible. El síntoma más inmediato es un imposible: por multiplicados que estén los dichos, literalmente excéntrico a lo que en ellos se representa o se distingue, siempre permanece en ellos algo que no se dice. Las palabras faltan, se dirá, indicando así el síntoma de lo real bajo las

²² La referencia a Milner y a su concepción de lo real de la lengua aparece ya en Gadet y Pêcheux ([1981] 1984).

especies de la carencia. Pero conviene añadir de inmediato que algo también se dice siempre en demasía, que no fue demandado: de lo cual se demandó no decirlo. Tal es el efecto de las homofonías que hay y del metalenguaje que no hay: ningún ser hablante puede jactarse de dominar los ecos multiplicados de su decir. (Milner, 1999: 41)

Señalábamos al principio de esta sección que Pêcheux siempre se valió de la reflexión epistemológica para fundamentar su trabajo en el terreno de la teoría y el análisis del discurso. Inscripto como estaba en una tradición discontinuista, el encuentro con lo real de la lengua parecería haberlo llevado a cuestionar los principios mismos de su posición. No obstante, es posible entender que, sin negar la validez del corte galileano, había que postular la especificidad irreductible de ese peculiar “continente” de las disciplinas de la interpretación.

4. A Modo de Conclusión

Este ensayo planteó un recorrido que, partiendo de la periodización usualmente aceptada del AD, procuró poner de relieve dos ejes o núcleos problemáticos que en esas mismas historizaciones suelen quedar relegados tras el problema central del discurso: el del sujeto y el de la epistemología. Asimismo, este doble *rescate* –de la obra de Pêcheux y de dos problemas escasamente revisitados– significó por momentos una problematización de la propia distinción en fases de la cual había partido.

El análisis del modo en que el AD aborda el problema del sujeto mostró que ésta es una cuestión insoslayable para dicha empresa teórica. En otros términos, la posibilidad misma de analizar los procesos sociales de producción de sentido requiere un cambio de terreno respecto del problema de la conciencia, el sentido, la expresión, la agencia, etc., cambio que, más allá de las diferencias en los distintos momentos del AD, podemos englobar bajo el nombre de una crítica radical al sujeto de la Modernidad, y que se realiza de manera específica en base a los aportes del materialismo histórico y del psicoanálisis.

Por otra parte, hemos señalado algunos desplazamientos en los modos en que esta tarea crítica, negativa, fue llevada adelante: si bien la preocupación por el sujeto se mantuvo a lo largo de las casi dos décadas, los énfasis y los marcos en que se insertan las tareas positivas (aquellas que eventualmente se vincularían con la

elaboración de matrices teórico-metodológicas, capaces de dar cuenta de procesos discursivos concretos) revelan variaciones significativas. El rastreo de estos desplazamientos resultó productivo en la medida en que las reformulaciones mismas del problema pueden ser consideradas como los índices de una teoría en movimiento.

Recordemos sucintamente que, tras un énfasis en el registro lacaniano de lo imaginario –reapropiado vía las primeras conceptualizaciones althusserianas de la ideología–, el pensamiento de Pêcheux sigue de cierta manera el movimiento general de esta línea del materialismo histórico y del psicoanálisis lacaniano: la segunda etapa del AD2 se encuentra fuertemente marcada por el problema de lo simbólico y de la constitución subjetiva en el discurso. Finalmente, cuando el sujeto es vinculado al problema de la política y la conceptualización lacaniana acerca de lo Real adquiere peso propio, la matriz estructural de pensamiento empieza a mostrar sus límites.

Es posible pensar que la –también– “tercera etapa” del pensamiento de Lacan (la de un énfasis en lo Real) es la que, de un modo u otro, opera sobre los últimos desarrollos del AD. Vimos que el psicoanálisis fue la única “disciplina de interpretación” que no requirió de un “ajuste de cuentas” epistemológico, así como advertimos que las reflexiones de Milner sobre *lalengua* –claramente inscriptas en la orientación lacaniana– tuvieron un papel de importancia a la hora de redefinir el tipo de discursividad que el AD podía (y debía) abordar.

Más allá de lo que se desprende de nuestros análisis, el mismo hecho de *volver* sobre algunos problemas que el AD dejó planteados supone, desde el inicio, el reconocimiento de un *olvido* –retomando el término caro a Pêcheux– de dichas cuestiones, pero exige también un esfuerzo por señalar los límites de esta empresa teórica. En esta línea, hemos podido constatar la existencia de algunos investigadores jóvenes –entre los que se cuentan, entre otros, Marie-Anne Paveau y Thierry Guilbert– que se interrogan también sobre estas cuestiones. Paveau, por ejemplo, constata la paradoja de que, mientras el AD “francés” ha sido prácticamente olvidado en su país de origen, se encuentra un trabajo activo en torno de sus conceptos en otros contextos, como Brasil. (Paveau, 2010). Por su parte, Guilbert esboza una hipótesis acerca de las razones del *olvido* del AD y de las condiciones para una eventual reapropiación de sus planteos: ¿Por qué Pêcheux es objeto de un olvido tal siendo que las nociones

que forjó son regularmente utilizadas en AD hoy en día? Sin ironía, puede pensarse que el doble proceso de olvido que él conceptualizó se aplica a su propio trabajo: sus proposiciones 'inquietantes' (Maldidier, 1990) estarían a la vez reprimidas o ignoradas y deformadas por las reformulaciones. Sin embargo sería vano y absurdo intentar restaurarlas, especialmente porque, para hablar como Pêcheux, la formación discursiva en la cual su significación se formó originalmente está determinada hoy por nuevas condiciones de producción sociohistóricas. (Guilbert, 2010, on-line).

En lo que a nuestro aporte respecta, el señalamiento de este *olvido* nos alerta acerca de los riesgos implícitos en el abandono o en la esquematización de ciertas preguntas hoy fácilmente dejadas de lado. Nos referimos, específicamente, a aquellas ligadas a un abordaje marxista de las relaciones entre discurso, historia y subjetividad. Acordamos con Guilbert (2010) en que es posible volver al AD para pensar –en nuestro caso– formas de abordaje de procesos políticos y discursivos contemporáneos, pero que en ese caso, el retorno no puede sustentarse en un intento de restaurar la formación discursiva en que aquella empresa teórica tuvo lugar: de lo que se trata en todo caso, agregamos, es de repensar su obra conjuntamente con una reflexión acerca de las condiciones en las cuales se intenta esa relectura.

5. Bibliografía

- Althusser, L. ([1965]1985). *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Althusser, L. ([1970] 1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, L. (2002). *Para un materialismo aleatorio*, Madrid: Arena Libros.
- Althusser, L. ([1962-1986] 2004). *Maquiavelo y nosotros*, Madrid: Akal.
- Althusser, L. ([1973] 1974). *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Althusser, L. ([1974] 1975). *Elementos de autocrítica*, Barcelona: Laia.
- Althusser, L. ([1974] 1985). *Curso de filosofía para científicos*, Buenos Aires: Planeta-Agostini.

- Althusser, L. (2002). *Para un materialismo aleatorio*, Madrid: Arena Libros.
- Althusser, L. y É. Balibar ([1967] 2006). *Para leer El Capital*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balibar, É. ([1991] 2004). *Escritos por Althusser*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Conein B., J-J. Courtine, F. Gadet, J. M. Marandin, M. Pêcheux (1981). *Materialités discursives*. Lille : Presses Universitaires de Lille. [Traducción propia]
- Courtine, J-J. (1981). “Analyse du discours politique: Le discours communiste adressé aux chrétiens”, en *Langages*, 62. pp. 9-127. [Traducción propia]
- Fichant, M. y M. Pêcheux ([1969] 1971) *Sobre la historia de las ciencias*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fonseca-Silva, M. (2005). “Materialidades Discursivas: A fronteira ausente (um balanço)”, en *Estudos da Lingua(gem)*, N°1, pp. 91-97. [Traducción propia]
- Foucault, M. ([1969]1992). *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuchs, C. y M. Pêcheux, M. (1975). “Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours”, *Langages*, 37, pp. 7-80. Versión en español: Pêcheux, M. (1978) *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Gadet, F. y M. Pêcheux ([1981] 1984) *La lengua de nunca acabar*. México: FCE.
- Gayot, G. y M. Pêcheux, M. (1971). “Recherches sur le discours illuministe au XVIIIe siècle: Louis Claude de Saint-Martin et les 'circonstances'”. En: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*. Año 26, N°3-4, pp. 681-704. [Traducción propia]
- Guilbert, T. (2010). « Pêcheux est-il réconciliable avec l'analyse du discours ? Une approche interdisciplinaire », *Semen* [on-line], N°29, consultado el 16/05/2014. URL : <http://semen.revues.org/8803>. [Traducción propia]
- Haroche, C., Henry, P. y M. Pêcheux (1971). “La sémantique et la coupure saussurienne : langue, langage, discours”. En: *Langages*. N°24, pp. 93-106. [Traducción propia]
- Herbert, T. (1966) « Réflexions sus la situation théorique des sciences sociales et, spécialement, de la psychologie sociale ». En *Cahiers pour l'Analyse*, N° 2: 137-65. [Traducción propia]
- Herbert, T. (1968) « Remarques pour une théorie générale des

idéologies ». En *Cahiers pour l'Analyse*, N°4: 74-92. [Traducción propia]

Koyré, A. ([1973] 2007). *Estudios de historia del pensamiento científico*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1975). *Escritos II*, México: Siglo XXI.

Léon, J. (2010) « AAD69: archéologie d'une étrange machine », en: *Semen* [on-line], N° 29, actualizado el 21/10/ 2010, consultado el 22/05/2014. URL: <http://semen.revues.org/8823>. [Traducción propia]

Malidier, D. (1992). “La inquietud del discurso. Un trayecto en la historia del análisis del discurso: el trabajo de Michel Pêcheux”. , eEn: revista *Signo y Señal*, N° 1, Vol. 1,1: pp. 201-213.

Malidier, D. Normand, C. y R. Robin, R. (1972). “Discours et idéologie: quelques bases pour une recherche”. En: *Langue française*. N°15 :. *Langage et histoire*. pp. 116-142. [Traducción propia]

Milner, J.-C. ([1983] 1999). *Los nombres indistintos*. Buenos Aires: Manantial.

Milner, J.-C. (2003). *El periplo estructural. Figuras y paradigma*. Buenos Aires: Amorrortu.

Paveau, M. (2010). « Présentation », *Semen* [on-line], N°29, actualizado el 24/01/2012, consultado el 05/05/2014. URL : <http://semen.revues.org/8758> [Traducción propia]

Pêcheux M. (1981) « L'étrange miroir de l'analyse de discours ». En: *Langages*, Junio de 1981. Año 15, N° 62. Juin 81 :. *Analyse du discours politique*. pp. 5-8. [Traducción propia]

Pêcheux M., J. Léon, S. Bonnafous, J-M. Marandin. « Présentation de l'analyse automatique du discours (AAD69) : théories, procédures, résultats, perspectives ». En: *Mots*, Marzo de 1982, N°4 :. *Abus de mots dans le discours. Désabusement dans l'analyse du discours*. pp. 95-123. [Traducción propia]

Pêcheux, M. ([1975] 1978). “Advertencia”, en: *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid: Gredos.

Pêcheux, M. ([1980] 1982). “Délimitations, retournements et déplacements”. En: *L'homme et la société*, N°63-64, pp. 53-69. [Traducción propia]

Pêcheux, M. ([1983] 1990). “A Análise do Discurso: três épocas”, en Gadet, F. y T. Hak (org.): *Por uma análise automática do discurso: uma introdução à obra de Pêcheux*. Campinas:, Edunicamp, pp. 311-318. [Traducción propia]

Pêcheux, M. ([1983] 2014). “Discourse: structure or event?”,. En en:

Parker, I. y D. Pavón-Cuellar (eds.) : *Lacan, Discourse, Event : New Psychoanalytic Approaches to Textual Indeterminacy*, New York: Routledge, pp. 77-98. [Traducción propia]

Pêcheux, M. (1969). *Analyse automatique du discours*. Paris: Dunod Éditeur. Versión en español: Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid: Gredos.

Pêcheux, M. (1975). *Les vérités de La Palice. Linguistique, sémantique, philosophie*, Paris: Maspero. [Traducción propia]

Pêcheux, M. (1984). “Sur les contextes épistémologiques de l'analyse de discours”, en: *Mots*, 9, pp. 7-17. [Traducción propia]

Robin, R. (1986). « Postface. L'Analyse du Discours entre la linguistique et les sciences humaines: l'éternel malentendu. ». En : revista *Langages* N° 81, pp. 121-128. [Traducción propia]